



Estampas de la vida nocturna en Buenos Aires según un inglés, 1820-1825

Por Ezequiel Borgognoni y
Daniel Kohen

Introducción

A inicios del siglo XIX, varios viajeros ingleses visitaron Buenos Aires. La independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1816 y la intensificación de los flujos comerciales con Gran Bretaña provocó un inusitado interés de la Corona por conocer más sobre Buenos Aires y sus moradores (Rock, 2019; Silveira, 2017). Los viajeros ingleses se trasladaban portando diarios de viaje que, en ocasiones, terminaron en la imprenta. Dichos testimonios constituyen una fuente de primera mano, ya que nos permiten conocer cómo era la ciudad, quiénes eran sus habitantes y cuáles eran sus costumbres en la visión de un extranjero.

En esta investigación, analizaremos el testimonio de un viajero inglés que se radicó en Buenos Aires entre 1820 y 1825. Luego de esclarecer algunas cuestiones vinculadas a la debatida autoría del texto, nos sumergimos en el estudio de la vida nocturna porteña a partir de una lectura crítica de la fuente, la cual será contrastada con otros relatos contemporáneos. De esta forma, pretendemos relacionar y establecer un diálogo entre la historia social y de la vida cotidiana con los estudios sobre la nocturnidad.

Un inglés en Buenos Aires: los debates en torno a la paternidad del texto

En 1825 se publicó en Londres un libro titulado *A five years' residence in Buenos Aires during the years 1820 to 1825* [Cinco años en Buenos Aires, 1820 - 1825]. Su autor prefirió no revelar su identidad y firmó la obra como "An Englishman". Este hecho suscitó importantes debates que, desde el siglo XIX, han girado en torno a la autoría del texto.

No pretendemos aquí profundizar demasiado sobre la cuestión autoral, pues este aspecto excedería en grado a los propósitos de este trabajo. Sin embargo, nos interesa presentar las líneas argumentales más relevantes del debate y, finalmente, dejar asentado nuestro posicionamiento.

La mayoría de los autores atribuyen el libro a Thomas George Love (circa 1792/3-1845), un miembro destacado de la comunidad mercantil británica en Buenos Aires, que se desempeñó como secretario de la *British Commercial Rooms* (1822-1829) y de la *British Subscription Library* (1822-1826). Mr. Love fue, además, el fundador del periódico *The British Packet and Argentina News* (1826-1859), uno de los principales medios de comunicación de habla inglesa en la primera mitad del siglo XIX (Mulhall, 1875, pp. 574-580). A finales del siglo XIX, José Antonio Wilde (1881, pp. 54, 102-103 y 232) no dudaba en conceder la paternidad del texto a Love, un aspecto que confirmaría algunos años después Paul Groussac (1902, p. 19). En los últimos años, Maxine Hanon (2005), Juan Ignacio Neves-Sarriegui (2021), José Luis Chamosa González (2021), y Graciela Lápido y Beatriz Spota (1976) han sostenido de manera firme que Love es el autor efectivo del texto. Su participación en la vida mercantil, social, religiosa y cultural de Buenos Aires lo habrían transformado en un gran conocedor de la vida cotidiana porteña.¹ Asimismo, en los catálogos de las principales bibliotecas nacionales y extranjeras se mantiene la atribución a Love.²

Sin embargo, Alejo B. González Garaño (1942), prologuista de la primera edición castellana del texto, se ha permitido diferir con bue-

1 En el trabajo de Chamosa González (2021) se confunde el nombre de “Thomas George Love” por “Gordon Thomas Love”. No se trata de otra propuesta de autoría para *A five year's residence in Buenos Aires during the years 1820 to 1825*, sino más bien de una errata de Chamosa González, quien en la línea de los autores aquí expuestos también considera que el autor del libro que nos ocupa es el fundador de *The British Packet and Argentina News*.

2 Remitimos, sin ánimos de exhaustividad, a los catálogos de la Biblioteca Nacional “Mariano Moreno”, la biblioteca de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de San Martín, la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Cuyo, la British Library, la Harvard Library, y la Biblioteca Central de la Universidad Complutense de Madrid.

na parte de la crítica, expresando en su escrito que “podemos establecer, con fundamento casi inobjetable, que el hombre amparado bajo el anonimato de un *Englishman* no fue Thomas George Love” (p. 12). En primer lugar, destaca que el aspecto físico de Love, reseñado por Francois Paul Groussac en la obra teatral *La divisa Punzó* estrenada en 1923 en Buenos Aires, no coincide con el que nos permite entrever el narrador del texto. En segundo lugar, el libro se publicó por primera vez en Londres en 1825 y volvió a publicarse dos años después en la misma ciudad. Por entonces, alega González Garaño, Mr. Love acababa de fundar su propio periódico y residía en Buenos Aires, ciudad en la que moriría veinte años después y sin haber regresado nunca a su tierra natal. Más recientemente, Klaus Gallo (2002) en su *Estudio preliminar* a la edición moderna del texto preparada por la editorial Taurus, afirma que “aún perdura la creencia de que el autor del libro fue Thomas George Love” (p. 10), posicionándose así en la línea argumental de González Garaño y prefiriendo denominar al autor del relato como “un inglés”.

En esta investigación no negamos que Love pudo haber sido el autor del libro, pero también somos conscientes de que no hay evidencias certeras y que, en contrapartida, el debate entre los especialistas sigue abierto. Por lo tanto, hemos preferido denominar al autor de nuestra fuente como “un inglés”, que es la forma que él mismo escogió para firmar su relato y darse a conocer a sus lectores.

Ocio y vida cotidiana en la noche porteña

En el relato del inglés una cosa queda clara, y es que en el Buenos Aires post independentista la ciudad tampoco dormía. Muchas actividades comenzaban en la tarde y algunas de ellas concluían bien entrada la noche. Pero lo cierto es que la noche era democrática, pues todos los sectores sociales sacaron ventaja de la libertad ofrecida por la misma para desarrollar un sinfín de actividades lúdicas y recreativas. La noche se transformaba en un espacio de escape y liberación. En las horas de oscuridad, los sectores populares podían transgredir las normas (Palmer, 2000). Pero la noche, además de presentarse como un tiempo de transgresión, fue un espacio en donde los sectores marginados pudieron constituir una identidad

propia. Así, no debe sorprendernos que los poderes públicos, deseosos de instaurar un nuevo orden que terminase con la inestabilidad de la tumultuosa década revolucionaria, prestaron gran importancia a las horas sin sol.

La gran mayoría de las actividades vespertinas y nocturnas en las que participaban los sectores populares porteños se desarrollaban entre la zona del actual barrio de Retiro, cerca de la antigua plaza de Toros, y la zona del puerto. En este cordón, algunas tardes se ofrecían espectáculos musicales al aire libre. Los domingos en la tarde, algunas personas elegían asistir al circo de Bradley, “que da funciones los domingos en la tarde” (Un inglés, 2002, p. 91). Cuando comenzaba a caer la tarde, los marineros ingleses abandonaban las calles para adentrarse en el mundo de los burdeles: “Por la noche los marineros danzan en los burdeles, al compás del violín y la flauta, causando asombro a las chicas criollas” (Un inglés, 2002, p. 91) A veces, los marineros dejaban el burdel y se iban a mitad de la noche a bailar en las barracas (Un inglés, 2002, p. 150).

Las elites patricias y los extranjeros adinerados también vivenciaron la noche porteña. Sus espacios de sociabilidad nocturna predilecta fueron los cafés, el teatro y las tertulias en residencias particulares. El café fue un espacio central en la construcción de la sociabilidad de los sectores acomodados porteños en las primeras décadas del siglo XIX. Jorge Myers (1999, p. 130) sostiene que el café puede ser imaginado como un espacio de transición entre la sociabilidad privada desarrollada en los hogares y la pública ajustada a la participación social y política moderna. A diferencia de otros ámbitos urbanos, este fue coto exclusivo de los grupos acomodados y pudientes. La actividad en los mismos era tanto diurna como nocturna. Durante el día, los sectores más adinerados de la sociedad porteña iban al Café de la Victoria, y al atardecer se trasladaban a un café cerca de la Iglesia de San Miguel. Nos cuenta el inglés que la apertura de dicho café convocó una enorme cantidad de público. Fue una noche de verano, en 1824, cuando las personas se instalaron frente al edificio para disfrutar de la música, las luminarias y los fuegos de artificio (Un inglés, 2002, p. 65). El viajero John Barber Beaumont (1957) coincide con su compatriota británico y destaca que en Buenos Aires los cafés son un espacio predilecto para la sociabilidad nocturna: “se

reúne en ellos gran cantidad de público todas las noches a jugar a las cartas o al billar (p. 113).

Otro sitio de sociabilidad y encuentro nocturno era el teatro, en especial las funciones del domingo en la noche. El narrador inglés caracteriza a los porteños como “gente tan aficionada al teatro” y se sorprende de la poca inversión que hacían las autoridades para mejorar el estado de un edificio que “por su insignificancia” hacía sonreír a todos los extranjeros que lo visitaban (Un inglés, 2002, p. 78). Esta desatención y falta de mantenimiento habría provocado algunos accidentes, como cuando una noche un italiano, el señor Zappuci, cayó en la abertura contigua al escenario. Continúa el inglés relatándonos los precios de cada función y señala la segregación espacial a la que eran sometidas las mujeres, quienes no tenían permitido acceder a la platea y debían permanecer en la cazuela o galería. A la salida del teatro, se aprovechaba la oscuridad de la noche para celebrar un espectáculo de fuegos de artificios (Un inglés, 2002, p. 87).

Las tertulias, o veladas nocturnas, que se celebraban en las casas de miembros de la élite, fueron un lugar destacado de la sociabilidad de las clases altas. El inglés nos relata que “las familias respetables que tienen hijas solteras celebran bailes y tertulias durante el invierno” (Un inglés, 2002, p. 126). Estas fiestas comenzaban al atardecer y continuaban hasta bien entrada la noche. A diferencia de lo que ocurría en Inglaterra, donde el protocolo era rígido, los bailes nocturnos que se organizaban en los grandes salones porteños eran sencillos, modestos y estaban desprovistos de cualquier ceremonial que pudiera resultar incómodo para los participantes. “Una señorita se sienta al piano; hay licores, masas y budines: con unos pocos pesos se arregla todo” (Un inglés, 2002, p. 126). El narrador inglés elogia a las porteñas por sus grandes habilidades para bailar, un hecho que trascendía las barreras generacionales:

Los porteños adoran el baile. En las horas de la noche, hijas, madres y abuelas se entregan a esta diversión con espíritu juvenil. Es un espectáculo edificante: la prueba de que la vejez no va siempre acompañada de tristeza. Me ha regocijado ver a padres, madres, hijos e hijas bailando despreocupadamente, como si la vida no tuviera otro objeto que el placer. Una noche en que caminaba por los alrededores de la ciudad, me llamó la atención un baile familiar y miré por la ventana. Las señoras me vieron y el dueño de casa salió a pedirme que entra-

ra, mediante la fórmula española: “La casa es suya”. Pareció apenado porque yo no acepté la invitación. Estos bailes de familia son encantadores (Un inglés, 2002, p. 128).

Estas tertulias nocturnas merecieron la atención de varios viajeros ingleses. En 1825, Alexander Caldcleugh publicó *Viajes por América del Sur*, un relato donde volcaba sus experiencias en Buenos Aires, donde estuvo dos semanas en 1821, y su viaje por las provincias y también por Chile. El viajero relataba que en Buenos Aires “cada familia de respetabilidad tiene su tertulia propia, o reunión de noche, que congrega a las amistades de su casa” (Caldcleugh, 1943, p. 54). Otro inglés, Samuel Haigh, ofreció una descripción similar y escribió en 1829 que la sociedad porteña se reunía en tertulias nocturnas muy concurridas, las cuales se caracterizaban por su encanto y ausencia de protocolos y ceremonias (Haigh, 1988, pp. 25-26). Los hermanos John y William Parish Robertson (2000) compararon las tertulias nocturnas de los porteños con reuniones sociales similares que se celebraban en Francia y en Italia, que allí llamaban *soirée* o *converzazione*. El inglés nos recuerda que Mr. Rodney, ministro de los Estados Unidos, falleció repentinamente el 10 de junio de 1824 “luego de haber dado una gran fiesta nocturna, a la que había acudido mucha gente” (Un inglés, 2002, p. 113). Tal vez por sus propios recorridos y la sociabilidad establecida, el inglés no hace demasiadas referencias a la vida de los sectores populares, sin embargo, sabemos por otros relatos de la época que los grupos no privilegiados también mostraron una gran vitalidad nocturna.

La Alameda, el paseo público de Buenos Aires, construida durante la época colonial, fue un espacio privilegiado para el ocio del conjunto de la sociedad porteña. Fue uno de los pocos ámbitos públicos y de ocio que existían en la ciudad (García Belsunce, 1976; Aliata, 2006). Jorge Myers (1999) otorga un lugar central a este paseo durante las primeras décadas del siglo XIX, cuando afirma que este espacio era el escenario de intercambios entre las principales familias de la ciudad: “El paseo público permitía enfatizar la distancia cultural –expresada en la vestimenta, en los modales, en la gestualidad– que separaba la élite de los sectores populares” (p. 123). En la misma tónica se encuentran los planteos de Pilar González Bernaldo (1999, p. 149), aunque refuerza la idea de pensar este espacio como un lugar

de interacción social entre los diferentes sectores que componían la sociedad porteña. Esta misma línea se ha expresado Ricardo Figueira (2000):

[...] pese a su estado y a hallarse en un suburbio de mala fama donde por la noche los marineros danzan en los burdeles, el paseo de la Alameda sigue siendo el lugar de cita elegante los días feriados, y aunque entre 1844 y 1847 Felipe Senillosa mejora su aspecto, no deja de llamar la atención a los viajeros el contraste entre el arreglo de los paseantes y la calidad del paseo (Figueira, 2000, p. 294).

Lo significativo para nuestra investigación es que el paseo mostraba una importante vitalidad nocturna, siendo sitio privilegiado de encuentros entre los jóvenes y el lugar elegido para tomar baños nocturnos en el río durante las noches de verano. William Mc Cann, comerciante inglés, vivió en Buenos Aires durante gran parte de la década de 1840. En sus memorias de viaje, publicadas 1853, se sorprende frente a la utilización del espacio público durante las noches:

Una tarde que me paseaba por la Alameda, al anochecer, advertí que la playa tomaba un aspecto fantástico. Era debido a las luces distintas emitidas por inúmeros faroles de que se sirven los bañistas. El cuadro resultaba muy característico: aquí un grupo familiar se desvestía para ponerse las ropas de baño; más allá otro grupo, que salía del agua, se ocupaba en buscar sus prendas de vestir entre las rocas o sobre la playa de arena. Cientos de personas de todas clases y edades se bañaban: hombres, mujeres y niños aparecían mezclados en gran regocijo y la superficie se agitaba con aquella multitud de bañistas que ponían una nota de alegría. En todos, se observaba, sin embargo, el mayor decoro (Mc Cann, 1939, p. 40).

Otro de los espacios nocturnos privilegiado por los sectores populares fueron las pulperías, lugar no frecuentado ni retratado por el inglés, pero que por relatos de otros testigos de la época funciona como un lugar privilegiado en el cual los sectores populares comparten experiencias. Estos espacios, en los cuales muchas veces se realizaban actos ilícitos y eran foco de preocupación por parte de los poderes públicos, tenían una importante vitalidad durante las noches. En sus trabajos sobre la sociabilidad porteña a comienzos del siglo XIX, Carlos Mayo (1996) señala cómo las pulperías cumplían una doble función. Durante el día funcionaban como un comercio

de expendio de bienes comestibles y de primera necesidad, usualmente frecuentado por mujeres, mientras que por la noche eran los hombres quienes dominaban la escena en un espacio transformado para el juego de cartas, la ingesta de alcohol y el juego. Al mismo tiempo, las pulperías fueron objeto de preocupación por parte de las autoridades porteñas que intentaron, por todos los medios, limitar su funcionamiento. Pilar González Bernaldo (1993), en sus estudios sobre sociabilidad porteña, observa cómo ya desde tiempos coloniales se ordena el cierre de las pulperías por la noche, y cómo estos lugares de encuentro son asociados con los sectores no decentes de la ciudad:

Para el Río de la Plata el primer testimonio directo de reuniones en las pulperías nos lo da la Ordenanza del gobernador José Bermúdez de Castro, fechada en Buenos Aires el 7 de enero de 1715. Una disposición de la misma ordenaba el cierre de las pulperías desde las diez de la noche en adelante, y la prohibición de vender vino a indios y esclavos negros, mulatos o zambos y españoles de baja calaña. Luego de esta fecha las referencias a “reuniones de vagos” en las pulperías se multiplican, al mismo tiempo que lo hacen las leyes destinadas a controlarlas. Para fines del siglo XVIII estas prácticas de sociabilidad en torno a la venta y el consumo de alcohol ya están bien implantadas en el medio urbano. [...] Por otro lado, el calendario de los encuentros difiere del de la “gente decente”, otorgando una confirmación suplementaria sobre el carácter popular de la clientela. En efecto, las reuniones tenían lugar periódicamente luego del trabajo, durante la siesta, mientras los celadores dormían, y los domingos y días festivos (González Bernaldo, 1993, p. 6).

El inglés relata una experiencia que refleja el intento de control policial sobre la actividad nocturna en las pulperías:

Pocas noches después de mi llegada visité una casa de juego y en la mesa se jugaba una partida semejante a las nuestras. Llegó la policía. Creí que todos terminaríamos en la cárcel, según la costumbre inglesa; pero fueron más considerados y sólo arrestaron a los dirigentes (Un inglés, 2002, p. 59).

Civilidad y piedad en la noche porteña

Varias celebraciones religiosas obligaban a todos los vecinos, desde los más pobres hasta los más ricos, a tener que salir de sus casas

durante la noche y asistir a varias misas y sermones que se celebraban al interior de las iglesias. La Iglesia de la Merced estaba situada frente al teatro, y por esto es que “muchas personas, las noches de cuaresma, cruzan de la iglesia al teatro” (Un inglés, 2002, p. 198). Durante la Semana Santa, también se celebraban varias misas y sermones nocturnos:

Las tardes y noches de Jueves Santo, todo el mundo se vuelca en las calles: no hay un alma en las casas. La multitud que concurre a las iglesias es muy numerosa (en su mayoría mujeres). La costumbre era desplazarse durante la noche visitando siete iglesias distintas. El viernes santo era considerado un día de recogimiento y penitencia, pero en la noche del sábado los vecinos volvían a salir a las calles para quemar un muñeco con la cara de Judas (Un inglés, 2002, pp. 198-200).

Además del componente religioso, la noche era un espacio en el cual se desarrollaban celebraciones cívicas vinculadas a las conmemoraciones de la Revolución de Mayo. En un panorama convulsionado por los enfrentamientos civiles que se desarrollaron a partir de la revolución y por la necesidad desde los poderes públicos de instaurar un calendario patrio, las noches fueron escenarios de festejos. El inglés describe de esta forma las celebraciones del 25 de mayo:

El 25 de mayo de 1810 marca el nacimiento de la independencia argentina [...] El suceso es recordado anualmente con un festejo que dura tres días. Comienza la noche del 24, día en que la plaza es iluminada mediante un amplio círculo de madera que rodea la pirámide. La madrugada del 25, los muchachos cantan el Himno Nacional frente a la pirámide. Saludar el nacimiento del sol es una costumbre peruana. Las noches del 25 se interpreta música militar en las galerías del Cabildo y pueden verse globos de fuego y fuegos artificiales de todas las clases. Todas las noches de fiesta el teatro permanece abierto, siendo muy concurrido. Se canta el Himno Nacional y hay iluminación extraordinaria, concurren el gobernador y sus acompañantes (Un inglés, 2002, p. 113).

En suma, tanto algunas actividades contemplativas como aquellas vinculadas al ocio y a la recreación se desarrollaron durante las horas nocturnas. Las calles de Buenos Aires estaban pobladas durante la noche y, en los interiores de los salones, los burdeles, las cafeterías y el teatro, se desarrollaba una notoria sociabilidad que pronto despertó el interés de las autoridades.

Represión y control de la nocturnidad

La sociabilidad nocturna era una realidad histórica no desprovista de inconvenientes. El principal problema se vinculaba al tránsito de las personas, un aspecto que provocaba que los paseos nocturnos fueran, en la visión del inglés, algo “muy ingrato” y peligroso (Un inglés, 2002, p. 70). Eran paseos ingratos porque las calles estaban en mal estado, y al ser la iluminación deficiente, no era extraño que ocurrieran caídas y accidentes. La peligrosidad se vinculaba al aumento de la delincuencia, ya que los malhechores se refugiaban en la oscuridad de la noche para cometer algunos delitos (García Belsunce, 1976, p. 45). El inglés destaca que en Buenos Aires no existían coches de alquiler que funcionaran durante las horas nocturnas. Es por esto por lo que las autoridades tomaron una serie de medidas al respecto:

Por la noche, las calles están decentemente iluminadas por lámparas fijadas a las paredes; estas luces se extienden hasta perderse de vista en algunas de las principales arterias: en especial en la calle de San Francisco. Un extranjero que contemplase esta calle no se formaría mala opinión de la ciudad (Un inglés, 2002, p. 69).

El control de la nocturnidad fue una preocupación central para los poderes públicos. Una de las herramientas para regular la vida nocturna fue la iluminación. Wolfgang Schivelbusch (1995) señaló cómo el alumbrado público cumplió una doble función, mientras que, por un lado, permitió el embellecimiento de la ciudad y la posibilidad del disfrute del tiempo nocturno, por el otro, funcionó como un signo de autoridad y control estatal sobre la noche. Tan es así que la primera referencia que tenemos sobre la iluminación pública data de un bando emitido en 1744 por el gobernador Domingo Ortiz de Rozas, que ordenaba colocar faroles en las puertas de las pulperías y tiendas. Estas referencias vuelven a aparecer treinta años después, cuando el gobernador y futuro Virrey Juan José Vértiz y Salcedo redacta órdenes similares “a ejemplo de las ciudades principales de Europa” con el fin “evitar robos, muertes y otros excesos” (Ghía, 2012). Esta realidad es descrita por el inglés, quien compara la precaria, aunque efectiva, iluminación de Buenos Aires con las lámparas a gas que ya existían en Londres desde 1807 (Kirby et al, 1990, p. 354).

Los encargados de la seguridad nocturna de la ciudad eran los *alcaldes*, quienes tenían entre sus atribuciones la de formar la patrulla nocturna (Un inglés, 2002, p. 209). Estas patrullas estaban integradas por varones que fueron obligados a formar parte de las mismas o por sus sustitutos, ya que los vecinos adinerados podían pagar para que alguien lo reemplazaran. Iban armados con *mosquetes* y *bayonas*, y hacían paradas en las tabernas, cafés y en todos los espacios donde se tenía conocimiento que había una reunión nocturna.

A pesar de que la nocturnidad se asociaba a un aumento de la delincuencia, el inglés insiste en subrayar que Buenos Aires era, en comparación con otras ciudades de Europa, una ciudad tranquila durante la noche. Klaus Gallo (2002) afirma que “la mayoría de los viajeros coinciden en que existían niveles de seguridad personal bastante satisfactorios” (p. 30). Después del atardecer, era habitual ver a los porteños circulando por la ciudad, especialmente durante los meses de verano. Las calles no estaban vacías, sino más bien repleta de transeúntes que volvían de hacer las compras o que solamente aprovechaban que las temperaturas eran más bajas y decidían dar un paseo. Como en todas las ciudades europeas y americanas, en Buenos Aires estaba prohibido circular de noche con armas, una prohibición que hunde sus raíces en la legislación medieval (Borgognoni, 2014):

Pasear por las calles en una hermosa noche de verano no es una faena pesada, dado el número de hermosas paseantes que se encuentran por las calles o sentadas en sus ventanas. Las damas hacen sus compras al atardecer. Las noches de sábado, vísperas de fiestas, las tiendas están repletas (Un inglés, 2002, p. 126).

Conclusiones

Las impresiones del inglés nos permiten observar algunos elementos que se tornan centrales para pensar el tiempo nocturno porteño en el mundo preindustrial. En primer lugar, nuestro cronista refiere una importante vitalidad en la noche porteña. Ya sea en las tertulias, en el teatro, en las pulperías o la Alameda, los porteños habitaron la noche y la cargaron de sentidos, significados y contenidos. Además, tras la puesta del sol, diversos eventos religiosos y cívicos se desa-

rollaron con un carácter frecuente. Como propone Alain Cabantous (2009), frente a una mirada que centra a la noche como un espacio propicio para el delito, encontramos un tiempo utilizado para el ocio y determinadas formas de sociabilidad promovidas por instituciones tradicionales, como la Iglesia y el Estado.

En segundo lugar, nos interesa destacar que el tiempo nocturno fue habitado por el conjunto de la sociedad porteña de las primeras décadas del siglo XIX. Si bien las actividades que se realizaban inhibían el contacto entre diferentes sectores sociales, tanto los grupos pudientes como los estratos no privilegiados desarrollaron actividades en las horas sin sol. Sin embargo, la significación de estas fue diferente en cada caso. Mientras que la noche de las élites fue entendida como un momento de ocio, en el cual se llevaban adelante las veladas de teatro o las tertulias en las casas aristocráticas, por su parte, la noche popular fue asociada a la transgresión, el crimen y el delito. Prueba de esto, la preocupación de las esferas oficiales por maximizar su presencia y control en las actividades nocturnas de la población mediante la iluminación y la presencia de agentes de la ley.

Bibliografía

- Aliata, Fernando (2006). *La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario, 1821-1835*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Beaumont, John Barber (1957 [1888]). *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y La Banda Oriental (1826-1827)*. Buenos Aires: Librería Hachette.
- Borgognoni, Ezequiel (2014). El tiempo del delito en las ciudades castellanas a fines de la Edad Media. *En la España Medieval*, 37, 223-246. https://doi.org/10.5209/rev_ELEM.2014.v37.44456
- Cabantous, Alain (2009). *Histoire de la nuit (XVIIe-XVIIIe siècles)*. París: Fayard.

- Caldcleugh, Alexander (1943 [1925]). *Viajes por América del Sur*. Buenos Aires: Solar.
- Chamosa González, José Luis (2021). Un viajero inglés en el Buenos Aires de 1820. En: Jesús Paniagua Pérez y Daniele Arciello (Eds.), *Construyendo espacios: la ciudad iberoamericana virreinal. Teoría y estudios de casos* (pp. 285-301). Berna: Peter Lang.
- Figueira, Ricardo (2000). La gran aldea. En: José Luis Romero y Luis Alberto Romero (Eds.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos. Desde la Conquista hasta la ciudad patricia*, Tomo 1. (pp. 285-301). Buenos Aires: Altamira.
- Gallo, Klaus (2002). Estudio preliminar. En: Un inglés, *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. Buenos Aires: Taurus.
- García Belsunce, César (1976). *Buenos Aires. Su gente, 1800-1830*. Buenos Aires: Emecé.
- Ghía, Andrés (2012). *Bicentenario de la energía eléctrica 1810-2010*. Buenos Aires: FODECO.
- González Bernaldo, Pilar (1999). Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX. En: Fernando Devoto y Marta Madero (Dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina* (pp. 143-165). Buenos Aires: Taurus.
- González Bernaldo, Pilar (1993). Las pulperías porteñas. Historia de una expresión de sociabilidad popular en la ciudad de Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX. *Siglo XIX. Revista de Historia*. <https://hal.science/hal-01946829v1>
- González Garaño, Alejo B. (1942). *Prólogo a su edición de Cinco años en Buenos Aires, 1820-1825*. Bogotá: Solar.

- Groussac, Francois Paul (1902). *Anales de la Biblioteca. Publicación de documentos relativos al Río de la Plata*, Tomo II. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos.
- Haigh, Samuel (1988 [1918]). *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*. Buenos Aires: Hyspanoamérica.
- Hanon, Maxine (2005). *Diccionario de británicos en Buenos Aires (primera época)*. Buenos Aires: GuttonPress.
- Kirby, Richard; Withington, Sidney; Burr Darling, Arthur y Gridley Kilgour, Frederick (1990). *Engenieering in history*. Nueva York: Dover.
- Lapido, Graciela y Spota de Lapiza, Beatriz (1976). *The British Packet: de Rosas a Rivadavia*. Buenos Aires: Solar-Hachette.
- Mac Cann, William (1939). *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires: Academia Nacional de Letras.
- Mayo, Carlos (Dir.). (1996). *Pulperos y pulperías de Buenos Aires (1740-1830)*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Mulhall, Michael George (1875). *The English in South America*. Londres: Stanford-Charing Cross.
- Myers, Jorge (1999). Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860. En: Fernando Devoto y Marta Madero (Dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina* (pp. 107-143). Buenos Aires: Taurus.
- Neves-Sarriegui, Juan Ignacio (2021). Entangled public opinion: Thomas George love and the British Press in the River Plate, 1807-1845. En: Graciela Iglesias Rogers (Ed.), *The Hispanic-Anglosphere from the Eighteenth to the Twentieth Century. An Introduction* (pp. 157-175). Londres: Routledge.

Neves-Sarriegui, Juan Ignacio (s/f). *Love, Thomas George (c. 1792/3-1845). The Hispanic-Anglosphere: transnational networks, global communities (late 18th to early 20th centuries)*. Winchester: AHRC and the University of Winchester in partnership with the National Trust.

Palmer, Bryan (2000). *Cultures of darkness. Night travels in the histories of transgression (from Medieval to Modern)*. Nueva York: Monthly Review Press.

Parish Robertson, John y Parish Roberson, William (2000 [1843]). *Cartas de Sudamérica*. Buenos Aires: Emecé.

Rock, David (2019). *The British in Argentina. Commerce, settlers and power, 1800-2000*. Londres: Palgrave Macmillan.

Schivelbusch, Wolfgang (1995). *Disenchanted night. The industrialization of light in the nineteenth century*. Berkeley: University of California Press.

Silveira, Alina (2017). *Gran Bretaña en la Reina del Plata. Ingleses y escoceses en Buenos Aires, 1800-1880*. Buenos Aires: Biblos.

Un inglés. (2002 [1925]). *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. Argentina: Taurus.

Wilde, José Antonio (1881). *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.